

rencia al término (el individuo nacido)– la reflexión de Carlos Alonso Bedate sobre el carácter ético del embrión. Según este autor, desde el punto de vista biológico, la realidad que cumple mejor las características de potencia actual con relación al término (individuo nacido) es el embrión de seis a ocho semanas. Por todo ello, no encuentra argumentos para atribuir a todo embrión humano la dignidad de la persona y el valor que se deriva de la misma. No se puede afirmar, concluirá, de forma apodíctica que la obligación moral con respecto al embrión sea la misma que se debe a la persona reconocida como tal (cfr. pp. 629s). Como antes he apuntado, este tipo de afirmaciones necesitan ser clarificadas, pues siembran dudas acerca del respeto incondicional debido a todo ser humano desde la fecundación.

Teniendo en cuenta lo que precede, me parece un trabajo que contribuirá, sin duda, a la formación de los agentes de pastoral de la salud. Cumple notablemente el propósito de los autores: iluminar desde la reflexión ética cristiana las cuestiones relacionadas con la salud y las ciencias de la vida, para así contribuir a la construcción de una nueva cultura de la vida y de la salud más acorde con la condición del ser humano.

José María PARDO

César IZQUIERDO, Jutta BURGGRAF y Félix María AROCENA (eds.),
Diccionario de Teología, 2 ed. Pamplona: Eunsa, 2007, XXVI+1060 pp.,
 16 x 24, ISBN 84-313-2405-8.

Como señala el director de esta obra, el género «diccionario» es moderno, y nació al mismo tiempo que se compartimentaba el saber, nacían las ciencias y fraguaban las ideas democráticas en la sociedad europea occidental. Los diccionarios y enciclopedias vinieron a ocupar el lugar de los grandes comentarios de las *Summae*, particularmente de Santo Tomás, que tenían por autores a los teólogos de la primera edad moderna (Escuela de Salamanca). En los nuevos compendios ya no estaba vigente el criterio arquitectónico que ponía las cuestiones primeras de la teología o de la filosofía (Dios, el ser, la verdad, etc.) como fundamento de todo el saber. El orden de la Enciclopedia francesa respondía a un criterio tan desprovisto de todo compromiso como es el orden alfabético.

Un motivo de índole social contribuyó asimismo al éxito de las compilaciones del saber en forma de diccionario: el sentimiento, más o menos difundido, de que el nuevo orden social democrático imponía también una nivelación en las ciencias y en los conocimientos, de forma que también a ellos les llegara de alguna manera el principio de igualdad establecido en la sociedad. La aplicación de la igualdad a los saberes implicaba la renuncia a una jerarquía apriorística entre ellos. El orden alfabético se presentaba en este contexto como un criterio ideal, ya que consagraba la fragmentación como el estado natural del saber así como la igualdad que debía presidir todo.

La evolución de las ideas hizo que, con el tiempo, fuera cambiando también el sentido de las enciclopedias y de los diccionarios, que pasaron a ser obras de consulta que aspiran a informar de todo, siendo esa totalidad su característica principal. Pueden hacerlo de forma exhaustiva o introductoria, pero lo fundamental es que en ellas se puede buscar cualquier aspecto sobre la cuestión de que tratan. De esa forma, todas las áreas del saber se hallan al acceso de quien se interesa por ellas; al menos a un primer acercamiento.

El método del diccionario moderno alcanzó también al campo teológico. En muchas bibliotecas con alguna solera, se encuentra el *Diccionario de Teología* del Abate Bergier, editado en Madrid entre 1845 y 1847, traducción, en cuatro volúmenes, de la segunda edición francesa de la obra de Nicolas Sylvester Bergier (1718-1790). Bergier sigue el orden alfabético, al igual que la Enciclopedia, a la vez que es consciente de las limitaciones y ventajas de un diccionario. «Debe tenerse presente –escribe en la “*Advertencia del autor*” que va al comienzo del volumen I– que un Diccionario teológico, por exacto que sea nunca podrá suplir a un curso de teología completo (...) Sería un error creer que, por medio de un Diccionario tan abreviado se pueda llegar a ser un gran teólogo» (p. XLIII). Pero añade en nota: «Un diccionario teológico tiene otras ventajas que no presenta un tratado completo: es de un uso más general, se le consulta con más comodidad y más gusto, y contiene además un gran número de artículos de que no es susceptible un curso de teología» (citado por C. Izquierdo en la *Introducción*, pp. VIII-IX).

Desde el diccionario de Bergier hasta nuestros días, han visto la luz decenas de diccionarios relacionados con la teología o alguna de sus disciplinas. Quizás en el campo de la teología, el momento cumbre lo representa el *Dictionnaire de Théologie Catholique*, dirigido sucesivamente por Vacant, Mangenot y Amann, que comenzó a publicarse al inicio del siglo XX y se concluyó en la década de los 50. Posteriormente, apareció, por iniciativa de Buchberger, obis-

po de Regensburg, el *Lexikon für Theologie und Kirche* que ha conocido tres ediciones (la de Hofmann: 1930-1938; la de Hofer y Rahner: 1957-1967; y la de Kasper: 1993-2001). Otros diccionarios más breves o sobre cuestiones más particulares siguen apareciendo prácticamente cada año. Los publicados en español –hasta 2007– eran casi todos traducciones: del alemán (como el de P. Eicher: 1989) o del italiano (*Nuevo Diccionario de Teología* dirigido por Barbaglio y Dianich: 1982) y, años antes, del francés (el *Diccionario de Teología*, de Bouyer: 1968). El diccionario dirigido por N. Silanes y X. Pikaza (*El Dios cristiano. Diccionario teológico*: 1992), estaba presidido por la relevancia dada a las cuestiones de la teología trinitaria.

En esa corriente se sitúa el diccionario que aquí comentamos. El objetivo que los editores –los profesores César Izquierdo, Jutta Burggraf y Félix M. Arocena– se propusieron, fue la elaboración de una obra seria y original, no especializada en un sola parte de la teología, sino que tratara de los temas capitales de toda ella. Los editores subrayan con razón que se trata de presentar *temas capitales: temas*, no conceptos, ni tampoco términos. Un diccionario de términos teológicos –al estilo del de Bouyer, por ejemplo– exige el examen de un elevado número de voces y una exposición breve de su significado. Por su parte, un diccionario de conceptos teológicos, como el dirigido por Fries en los años 60 y por Eicher más recientemente, aspira a una consideración de las realidades teniendo muy en cuenta su aspecto histórico y formal, del cual se nutre la dimensión de conceptos propiamente dichos. Este diccionario se sitúa más cerca de los segundos (diccionario de conceptos) aunque busca una identidad propia. Esa identidad consistía finalmente en el equilibrio entre los elementos histórico-formales y la proposición estrictamente teológica o de los contenidos.

Además de temas teológicos –en los que no puede faltar la preocupación por los términos y por los conceptos, pero sin sentirse aprisionados por ellos– debía ponerse de manifiesto que esos temas eran *capitales*: cabeza de un cuerpo de doctrina articulado, en el que encontrarán un tratamiento sintético pero completo todas las realidades de la teología. Seguramente como consecuencia de ese planteamiento, el número de voces es limitado: un centenar de voces relativamente extensas, –con una extensión proporcionada a su situación e importancia en una especie de «jerarquía de verdades»– en las que se abordan los elementos sustanciales de cada una de ellas. Las perspectivas que esas voces debían incorporar respondían a una triple dimensión: eclesial, científica y pastoral.

Los autores de las diversas voces son más de noventa profesores de teología procedentes de una treintena de universidades, facultades o centros teológicos españoles y europeos. Se encuentran representantes de prácticamente todas las Facultades de teología de España y de unas cuantas de Europa. En la mayor parte de los casos firman alguna o algunas voces completas. Cuando se trata de voces más amplias (por ejemplo: «Jesucristo», «Fe», «Iglesia», entre otras) son varios los autores que contribuyen al total. El resultado es un texto variado, quizás a veces algo fragmentado, pero que tiene como contrapartida la riqueza de puntos de vista y de maneras de enfocar la teología desde una perspectiva católica.

¿Cuáles son los destinatarios de esta obra? Se puede afirmar que el público al que puede serle más útil será el formado por los estudiantes de Teología y por aquellos interesados en la teología en un sentido amplio, es decir, no necesariamente especializado. Eso explica que los autores se hayan preocupado por elaborar textos claros, sin por ello rebajar el nivel y la seriedad en la exposición, asumiendo la inevitable complejidad de algunos temas. En efecto, no se encuentran exposiciones eruditas o cuestiones demasiado especializadas, aunque sí todos los datos relevantes para cada cuestión.

Por lo que se refiere a la bibliografía, al final de cada voz o apartado significativo, se ofrece una información bibliográfica sucinta, que a los editores ha parecido –creo que con razón– más útil que una lista completa de títulos sobre cada una de las cuestiones tratadas. Con los medios informáticos con que se cuenta en cualquier institución de enseñanza, y aún personas particulares, el acceso a la bibliografía sobre cualquier tema está al alcance de un click. Los autores de las voces han seleccionado unos pocos títulos que son de aprovechamiento directo e inmediato para los lectores que deseen ampliar la información que se le suministra en el diccionario. Por esta razón se ofrece una selección de publicaciones, privilegiando aquellas más accesibles que, normalmente, están publicadas en castellano bien como obras originales, bien como traducciones de otras lenguas.

La valoración final –más allá de aspectos concretos sobre los que se podría discutir– es que nos encontramos ante una obra que presta un indudable servicio a la fe, a la teología y a la necesaria formación intelectual de los católicos. No cabe sino felicitar a todos los que han contribuido para que esta obra viera la luz, y desear que se difunda ampliamente.

Fernando MILÁN